

EN LAS EXEQUIAS DE MONSEÑOR LUIS AUGUSTO CASTRO QUIROGA
Tunja, 04 de agosto de 2022

Textos:

2Corintios 5.1.6-10

Salmo 23 (22)

Evangelio: Mateo 5,1-12

“Dichosos los que tienen espíritu de pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”.

Las bienaventuranzas, en su conjunto, constituyen el punto de partida y la clave de interpretación del Sermón de la montaña. Antes de referirse al modo de actuar de la comunidad mesiánica, el evangelista presenta la identidad de estos, lo que ayuda a comprender el lugar que tienen en el Reino de los cielos y su función dentro de la misión de Jesús.

La primera bienaventuranza, sobre la pobreza fundamental, “dichosos los que tienen espíritu de pobres”, es la base de las restantes, pues sólo el que tiene espíritu de pobre, puede ser manso y limpio de corazón, puede ser misericordioso y trabajar por la paz. El modelo es el mismo Jesús, el pobre por excelencia. Sus discípulos, tanto los de ese tiempo, como los de ahora, estamos llamados a seguirlo en su estilo de vida. Y no se trata de ideales inalcanzables, sino de un camino que es preciso recorrer en el seguimiento del primer Bienaventurado, Jesús.

Esto fue lo que procuró hacer durante su vida y en el ejercicio de su ministerio Monseñor Luis Augusto: procuró recorrer el camino el Jesús, el primer camino que el bienaventurado recorrió. Se sintió discípulo del Maestro, que con los dones y carismas que le regaló, llevó a muchos a recorrer y vivir el espíritu de las bienaventuranzas. Y sólo quien tiene espíritu de pobre puede decir con el salmista, “el Señor es mi pastor, nada me falta”.

Su espíritu de pobre en el Señor le permitió ser manso, misericordioso, limpio de corazón y sobre todo, trabajar por la paz. “Dichosos los que trabajan por la paz porque ellos se llamarán hijos de Dios”. Monseñor Luis Augusto llegó a ser en verdad hijo de Dios, hombre de Dios, auténtico cristiano, cualificado sacerdote y comprometido pastor y obispo, en las cálidas tierras del Caguán y en las verdes y fértiles tierras boyacenses.

Si hay algo que Monseñor Luis Augusto tuvo claro en su paso por este mundo, fue el de ser un ciudadano, un gran patriota y por ello un pastor comprometido con la causa de la paz y la reconciliación. Este, su trabajo y empeño, no estuvo exento de prejuicios e incomprensiones. Como lo expresaba el Señor Nuncio Apostólico el día de ayer en la celebración eucarística, “el trabajo por la paz que lideró y con

el que cooperó Monseñor Luis Augusto debió vivirlo con el martirio de la paciencia y con el martirio de la incompreensión”.

Algunos preguntan hoy ¿dónde ha estado la Iglesia en medio del conflicto que ha vivido el país? Monseñor Luis Augusto sí que tenía y tiene respuestas para dar. En alguna ocasión y de manera jocosa, decía a alguno de los sacerdotes de la Arquidiócesis de Tunja: en el Caguán me tocó ayudar en la liberación de 85 secuestrados, aquí en Tunja he ordenado 85 sacerdotes. ¿Tú eres de los liberados o de los ordenados? Ya la presencia permanente de la Iglesia en todos los rincones de la Patria, acompañando a las comunidades, sobre todo las más deprimidas, es un signo de su compromiso con la paz.

Pero el trabajo y aporte a la paz no es lo único que vivió Monseñor Luis Augusto. Antes que nada fue un misionero convencido, de palabra y de corazón. La pertenencia al Instituto misionero de la Consolata no es gratuita, sentía le deseo de vivir con ardor la misión, y allí encontró el lugar ideal. Además de vivir la misión, escribió sobre la misión: “fe misionera, fe de primera”, solía decir y escribir, con el deseo de contagiar a muchos de este espíritu. Su pluma hábil, profunda y sencilla a la vez, son siempre un deleite para el espíritu.

Pablo, en la carta a los Corintios, contrasta la potencia de Dios con la debilidad física del ministro. De la imagen del tesoro en vasija de barro, pasa a un par de imágenes más. Por un lado, compara su vida terrena y efímera con una tienda de campaña y la vida celestial y eterna, con la morada que Dios le prepara; y por otro, compara su vida en este cuerpo mortal con un vestido y la salida de él con la desnudez. Por las exigencias de la misión, Pablo experimenta que su cuerpo como efímera tienda de campaña, ya no soporta con igual brío los viajes y tribulaciones por el Evangelio.

Esta experiencia de Pablo la pudo vivir Monseñor Luis Augusto, pues en sus últimos años experimentó la debilidad física, la enfermedad, pero siempre con su confianza puesta en el Señor y manteniéndose firme en su fe. Con Pablo y análogamente con Monseñor Luis Augusto, estamos ante la reflexión de unos auténticos misioneros, que no sólo sopesan la obra evangelizadora por lo que ven, sino sobre todo por lo que creen y esperan.

Frente al deterioro progresivo de su cuerpo físico, Pablo vive dos criterios: renueva en su interior la certeza de que Dios le prepara un cuerpo transformado por la resurrección, que jamás se derrumbará y anhela en todo agradar al Señor, pues su esperanza es entrar en su morada y participar de su gloria, para lo que su cuerpo no es ningún impedimento. Por su parte, Dios concede una fianza al ministro, su Espíritu, garantizando el anuncio del Evangelio, la redención del cuerpo y la posesión plena de la salvación. Este deterioro de su cuerpo también lo experimentó Monseñor Luis Augusto en estos últimos años, y los vivió con espíritu de fe y con la esperanza puesta en el Señor.

No puedo ocultar un sentimiento vivido ayer en la celebración eucarística en la catedral primada de Bogotá. Vistos con criterios humanos, esperaba en la celebración, la presencia y la palabra, de las autoridades del orden nacional, como gesto de reconocimiento y gratitud por su aporte al sociedad colombiana, especialmente en temas de paz y reconciliación. Pero ni presencia ni palabra. Finalmente pensé también que Monseñor Luis Augusto nunca buscó protagonismos ni estuvo afectado por vanos narcisismos. Su trabajo fue en orden a la extensión del Reino de Dios, la pasión por la misión, el servicio a los demás, el respeto por la persona, el cuidado de la vida como don sagrado. “Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”. Monseñor Luis Augusto es llamado hijo de Dios y con seguridad ha recibido el mejor Nobel de paz que el Señor ha prometido a sus servidores fieles: la gloria del cielo.

Agradecemos la presencia de todos los sectores humanos aquí representados: el Clero, el gobierno departamental y municipal, las autoridades militares y de policía, los educadores, los representantes de los medios de comunicación. Gracias a la familia de Monseñor Luis Augusto y al Instituto de Misiones de la Consolata que han permitido que su cuerpo permanezca entre nosotros, sembrado como semilla aquí en la Catedral, para que recogiendo su legado, seamos discípulos misioneros comprometidos con la extensión del Reino de Dios y la búsqueda de la paz.

La Iglesia en su Liturgia, nos invita hoy a contemplar San Juan María Vianney, el santo Cura de Ars. Otro hombre de Iglesia comprometido con la causa de Dios y la salvación de los hermanos.

Solía decir: “Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”.

El Sacerdocio es el amor del corazón de Jesús. Después de Dios, ¡el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo”.

“¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diera cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia. ¡No se comprenderá la dicha que hay en decir la Misa más que en el cielo!

Estos sentimientos y convicciones del Cura de Ars, los vivió en su ser y actuar Monseñor Luis Augusto. Hoy es una gran oportunidad, para que, inspirados en Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, en la vida del santo cura de Ars y en el testimonio de Monseñor Luis Augusto, todos los sacerdotes vivamos en el espíritu de las bienaventuranzas, teniendo espíritu de pobres y trabajando incansablemente por la paz.

Que la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, a quien veneramos con Nuestra Señora del Milagro, San José, el Santo Cura de Ars, reciban a Monseñor

Luis Augusto para presentarlo ante el Señor, y que desde el cielo intercedan por quienes permanecemos aún en este mundo, para que podamos alcanzar también un día la eterna bienaventuranza. Amén.